

SECCIÓN OFICIAL

ESCRITO DEL CENSOR:

AL CASO DEL SEÑOR MENÉNDEZ PIDAL

Es, la de hoy, la última sesión del curso en que nos presidirá nuestro Director, el señor Duque de Alba. Llevo ya varias sesiones con el callado propósito de decir las palabras que ya no debo aplazar más: las que no dije en las sesiones anteriores, porque no quería proferirlas sin estar presentes a la sesión, a la vez, los dos señores académicos: los mismos que han dejado, uno u otro, de estar asistentes en estas nuestras penúltimas y antepenúltimas juntas del mes de junio. Presentes todos, mis observaciones hubieran sido orales: sencillamente. Hoy las traigo escritas: para evitar cualquier tergiversación o referencia inexacta de lo que vaya a decir el Censor académico.

Anacrónico un tanto, y sólo de remembranza clásica, es eso del cargo de «censor». La palabra latina tiene algo menos del significado único que el que ahora en castellano tenga la palabra censurar. La censura, aquella romana, era una alta dignidad; era, en cambio, examen también; y era crítica, y severidad, y también gravedad; también el «cén-

sor», el que en castellano decimos «censór», era, y más ordinariamente que nada, un como registrador, no de las propiedades, sino de los mismos ciudadanos... Tócame, pues, una intervención de estricto restablecimiento, en el caso a que aludo (todos lo sabéis), referente a nuestro tan ilustre académico don Ramón Menéndez Pidal, autor de libros excepcionalmente valiosos: en bastante alta voz, aquí en menos apreciados.

Quiero y debo yo, personalmente, confesarme como «pecador» ante vosotros. He leído en mi atareada vida mucho menos que lo que debiera y de lo que me placiera leer. Singularmente lo de fuera de mis muy concretos y siempre demasiado heterogéneos estudios. Metido, ahora en mi vejez, en los de Historia de Madrid, por fuerza había de preocuparme del monarca conquistador de Madrid, incluso en la serie de mis habituales conferencias de todos los miércoles (de octubre a junio) de mis ya siete cursos de catedrático jubilado. Al ir a perorar y a redactar trabajo sobre Alfonso VI, es cuando tenía que recurrir al libro de don Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid*, ya hoy en media docena de ediciones, en España, en Francia y en Inglaterra, en la Argentina, dos, y en prensa en Alemania. Yo, de Alfonso VI y del siglo XI viví toda mi vida de estudioso bastante alejado, salvo en los años ya tan lejanos de estudiante y los de maestro privado de estudiantes de la Facultad de Derecho. Solicitándome hace poco el tema de la ingratitud absoluta de Madrid para con el rey su reconquistador, y sabiendo que el señor Menéndez Pidal tenía ya en prensa nueva y mejor edición de su *España del Cid*, hice mal en dejar para después mi estudio de repaso de viejos y no viejos trabajos y fuentes de información. Y solamente al ir a ponerme a redactar es cuando me enfrenté, por primera vez en mi vida (dígoles con vergüenza y casi abochornado) con (por de pronto) la primera edición de *La España del Cid*,

ejemplar de esta casa, o ejemplar en el Instituto Osma de Valencia de don Juan.

Sinceramente proclamo hasta mi estupor, de puro entusiasmo, ante la lectura, y añadiré que también ante la vista observadora del tan cumplido e «ilustrado» libro en dos volúmenes.

Aun antes de leerlo, yo (tan empeñado en la más que solo utilidad, en la muy precisa necesidad del elemento gráfico en los libros modernos de Historia) quedé como extasiado ante los cuidadosísimos siete mapas especiales de la Península: en 1050, en 1065, en 1086, en 1091 y en 1099, más los totalitarios del orbe cristiano y el orbe musulmán, en el fatídico año 1000 y en el 1086.

Singularmente los cinco peninsulares, y sin precedente alguno, precisando se les ve todo lo que los textos apuntan, y aun señalando dentro del gráfico fechas, comarcas, feudos, campos de batalla, etc.: todo claramente señalado en lo tan especialmente policromado y definido: aun las mismas cronologías, dichas van también todas en los mismos planos.

Todavía en lo gráfico topográfico hay grabados, en solo negro, de ciudades (cuatro), de comarcas (seis): señalando lo de aquel tiempo escrupulosamente. Son trece las reproducciones fotográficas de documentos y textos, incluso el único autógrafo del Cid, y el otro también único de Jimena, y la carta de arras, el de dotación a la Catedral de Valencia y de varias páginas facsímiles de los textos cidianos, arábigos o latinos, poéticos o en prosa. Las vistas fotográficas de los lugares cidianos (castillos, etc.) son no menos de 40, viéndose, en la mayor parte, una labor especial en viaje alrededor de los puntos todos de la vida del héroe. El monetario de la época, cristiano o árabe, y reproducido en anverso y reverso, nos enseña hasta once piezas numismáticas. Y ya, en el ambiente general del tiempo, se reproducen con letra de cumplida indicación cada vez, 60 fotografías de obras de arte del tiempo del Cid, españolas casi

todas ellas: esculturas pétreas, marfiles y miniaturas de códices, principalmente: ofreciendo además auténtica información de indumentaria, de armas, etc. Todavía, a cabeza de capítulos y al final de ellos, pero sin letra explicativa, don Pedro Muguruza, el genial arquitecto de nuestro tiempo, dibujó un considerable número, una treintena de ilustraciones, copiando temas de relieves o de miniaturas de códices, españoles coetáneos. Y ésa es, en conjunto, la cumplidísima ilustración gráfica, íntimamente unida al texto siempre, aun en lo no directamente relacionado con sus párrafos. Acaso no haya en España, desde luego, ni fuera de España tampoco, un libro de tan íntimo enlace de lo gráfico y lo literario. Y eso es justo y es oportuno que se pregone desde luego y en sesión de la Real Academia de la Historia. Y aun aprovechando el instante para una queja: la de no tener índices la parte gráfica, con ser, en cambio, lo literario tan perfectamente referido en el Índice principal, de no menos de 8 páginas, y muy singularmente en el Índice alfabético (personas, lugares, fuentes de información, etc.), de no menos de 24 páginas: libro, pues, de facilísima rebusca, sobre ser de tan fácil y aun amena lectura, como pueda serlo un libro de tan sumamente escrupuloso texto y con todas las notas de fuentes: pero puestas o llevadas al pie de página.

En cada una de éstas, en general, fuera de la caja tipográfica, a lo alto de la margen externa, se dice y se repite la cifra del año (y aun el mes tantas veces) en que se va desarrollando la relación histórica. No tenemos en España libro alguno, en que, como en esta obra maestra del señor Menéndez Pidal, se sienta siempre y como que se palpe, la viejísima frase multiseccular que nos dice que la Geografía y la Cronología, son los dos ojos de la Historia. Un catedrático universitario de Geografía lo tiene que reconocer y corroborar por fuerza.

Pero pasemos a lo principal, al libro en cuanto libro de

Literatura Histórica: en cuanto, concretamente a lo escrito, a sus palabras en cláusulas y en párrafos.

El libro, y el texto lo dice, se escribió para publicarse sin notas, sin llamadas a fuentes, a las informaciones de textos de libros y documentos.

Probando a leerlo en sólo las cláusulas de su texto, es, y lo es en todo su nada corto contenido, sobre el de más claro y más elegante lenguaje, a la vez natural y pulcro (pulquérrimo, cual modelo de clasicismo castellano), de lectura de despierto interés en el lector, y del todo acompañado del agrado narrativo: redactado en el más excelente castellano, claro y nítido, y muy del todo espontáneamente natural. El autor (él lo confiesa), redactó esa su obra maestra pensando en no poner notas; que hizo bien en poner: y en multiplicarlas, diremos nosotros.

Pero el libro era toda una resurrección del pasado del siglo XI; afortunadamente y muy felizmente, sin haber de inventar nada, ni conceptos, ni palabras: ni gráficos de invención tampoco. Es decir, todo lo contrario del escribir de un novelista ¡o de un historiador de los que diremos «del antiguo régimen» historial!

Pero el pasado del Cid, de su rey Alfonso VI, de todos los actores de aquella vida dramática y verdaderamente épica, no se conocía sino por textos inconexos entre sí: unos fragmentarios, otros más extensos; en latín, unos, y son los más abreviados; en árabe, en cambio, los más cumplidos, los más extensos.

El tapiz, «que diremos que es el tal libro», es de aquellos tapices lujosísimos del siglo XV y XVI tejidos a la vez sobre un entramado de hilo basto, pero por sedas, por lanas, por hilos de oro e hilos de plata, y siempre con el cartón o proyecto a la vista, consultándolo el oficial a través del entramado: ¡Un tapicero de Bruselas en tiempo de Carlos V (recuérdese) no elaboraba una vara cuadrada de tapiz en un año!

El señor Menéndez Pidal logró, a través de no sabré cuántos años, algo como resucitar toda la historia del Cid y de la España de su tiempo: en libro de amena prosa, sí, pero escrupulosamente consecuente a una labor difícilísima de estudios y de sospenso, cada vez, del texto o los textos aprovechados. Yo no sé si la edición francesa..., no sé tampoco si la edición argentina del libro, habrán ido sin las notas, sin la constante garantía del texto de cristianos o de moros cronistas coetáneos del Campeador. Pero digo que pasándolas todas de largo, lo mismo en una sola o primera lectura, como en una lectura nueva, en que no queramos mirar las notas, el libro cobra una belleza de dicción, de pensamiento y de información, verdaderamente clásica, cual si fuera obra de prosa improvisada y única.

Claro que resolver y proponer dudas, es siempre cosa menos grata que la mera narración; pero ya en nuestros tiempos no es eso de escribir Historia, tarea de lucido entretenimiento, como, sí, lo es la lectura y la redacción de novelas. El amor a la Historia, tiene que ser y es un amor puro, amor escrupuloso a la verdad; y el historiador, que de veras lo sea, dirá lo cierto, pero apuntará lo probable, y lo habrá de dar como sólo probable: que en el coro de las Musas, la Musa de la Historia era, de siempre, la más severa, si no era también la más austera.

Leído el libro, el lector, aun el lector que de propósito prescindiera de las notas, verá toda una resurrección, verdaderamente inesperada de la Historia y de la vida del Cid, y de toda la España de su tiempo a la vez. Y habrá visto con que salvadas dificultades, se le da resucitado todo el pasado de la España de los tiempos del Cid, a fuerza de muchos años de estudio severo de los textos árabes, de los textos cristianos: de los textos épicos, como de los narrativos. Y con la consecuencia, sorprendente, y en el resto de la Historia Universal caso único, de tener España textos de epopeya comprobable por los relatos históricos cuando to-

das las otras epopeyas o fragmentos de epopeya de todas las otras más famosas culturas de la antigüedad o del Medio Evo, están absolutamente aisladas y como viudas de todo contacto con los textos verdaderamente históricos. Esta singularísima presea de nuestra patria, sólo el señor Menéndez Pidal la ha revelado al mundo y la ha comprobado, y con el más riguroso carácter verdaderamente y soberanamente científico. Es de los méritos que le darán una inmortalidad (yo así lo creo) a nuestro académico de la Historia.

Olvidándome de tantos otros estudios y trabajos suyos, y no sólo por lo íntimamente armónico de su texto con sus ilustraciones, sino aun olvidándonos también de lo gráfico, tengo para mí el libro de «La España del Cid», como la pieza más bella, la más científica y más difícil a la vez, y fundamentalmente, además, la más grata de toda nuestra Literatura histórica de estos nuestros dos siglos que los viejos hemos alcanzado, en los cuales es la de la Historia una de las Disciplinas científicas más profundamente arraigadas entre nosotros.

Y eso, que es el libro, la gran obra que comentamos, acaso de entre los de Historia, aquel en que su autor ha tenido que proponerse y que resolver mayor número, un enorme número, de problemas históricos, muchos de ellos (gran mayoría), antes no tratados por nadie siquiera.

Los breves, en general, los esquemáticos textos latinos de nuestros cronistas de la primera hora, los mucho más extensos textos arábigos, las memorias en tantas cosas ahora comprobadas como exactas de época o popular o literaria, han logrado en manos del señor Menéndez Pidal, y conjuntamente con la topografía y con la cronología, apuradísimas también, todo un tejido historial semejante al del aludido tapiz flamenco del 1500, trabando y entretejiendo material variado: lanas, sedas, oro, plata. Y (siguiendo en el símil) el lector que no quiera ser un estudioso porfiado, al leer seguido, leyendo sólo el texto propiamente

dicho, gozar puede en la contemplación del tapiz colgado. Cuando el investigador curioso, ya recurriendo a las notas y a todo lo gráfico del libro, puede ver toda la menuda justificación escrupulosa del tejido con su trama y con su urdimbre.

He hablado de un solo libro del señor Menéndez Pidal: uno solo, el que considero capital en toda su labor, por lo demás copiosísima. El libro, además, que tengo estas semanas en estudio atentísimo. Pero, muy a la vez, tengo también en estudio otros de sus trabajos sueltos con el tema relacionados y en verdad complementarios. Solidísimos son también, también son de exquisita dicción y de seguros pensamientos, clarividentes, el intitulado *Aldefonsus Imperator Toletanus, Magnificus triumphator* (impreso en Madrid en 1945, pero antes en nuestro BOLETÍN en 1932), y los intitulados *La Épica española y Curtius* (antes publicado en Alemania, 1939), *La Crítica cidiana y la historia medieval* (también en Alemania en 1944) y *Mío Cid el de Valencia* (discurso en Valencia en el centenario del héroe en 1940): los tres últimos trabajos reeditados en la Argentina en 1945, el año próximo pasado.

El Censor (ya un «censorino», como en Roma se apellidaba al censor cuando ya veterano en el cargo) ha debido y ha querido decir estas palabras, aquí, donde algunas tan extrañamente sonaron. Las que ya no es del caso comentar, ni protestar, ni precisa ya recordar siquiera.

ELÍAS TORMO.

Madrid, a 26 de junio de 1946.